



Via Crucis

Jesús y su Evangelio nos reúnen para hacer el camino de la cruz. En esta Cuaresma [Semana Santa, en este día] el Señor nos convoca para recorrer con Él el camino de la cruz. Para llegar a la meta de la resurrección es necesario caminar por el camino de la cruz, andar con Él, con el Señor, aprender de sus palabras y sus silencios; de su actitud y de su paciencia. La contemplación de este camino de la cruz sigue produciendo muchos bienes espirituales a los creyentes. Contemplar a Cristo paciente, aprender de Él. Hacer el viacrucis es poner nuestros pies en sus huellas. Hacer hoy el viacrucis nos ayudará a recorrer todos los caminos de cruz y resurrección que nos vamos encontrando en la vida.

Lo hacemos hoy de forma comunitaria, como comunidad que quiere seguir al Maestro. Si le seguimos el nos cambiará, nos reunirá y nos enviará nuevamente. La Iglesia universal y nuestra Iglesia de Canarias se encuentran en ese proceso de conversión pastoral, de sentir como el Señor nos reúne y nos invita a salir a las periferias del mundo.

Acompañando a Cristo, en estos días de su pasión, en estos pasos de su camino podemos aprender mucho de Él.

Nos disponemos pues, con corazón generoso, a acompañar a Cristo en este rato, para sentir su compañía todos los días de nuestra vida.

I ESTACIÓN:

Jesús es condenado a muerte

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Sin defensa ni justicia se lo llevaron y nadie se preocupó de su suerte. Lo arrancaron de la tierra de los vivos. Lo hirieron por los pecados de mi pueblo; lo enterraron con los malhechores, los sepultaron con los malvados. Aunque no cometió ningún crimen un hubo engaño en su boca.

(Is 53,8-9)

El sumo sacerdote y el Consejo en pleno buscaban un testimonio contra Jesús que permitiera condenarlo a muerte, y no lo encontraba, ya que aunque muchos testimoniaban en falso contra él, sus testimonios no concordaban. (...) Entonces el Sumo Sacerdote se puso de pie en medio y preguntó a Jesús: ¿No respondes nada a los que estos declaran contra ti? Él callaba y no respondía nada. (...) Todos sentenciaron que era reo de muerte.

(Mc 14, 55-56. 60-61a. 64b.)

La justicia divina y la justicia humana no tienen mucho en común. La justicia de los hombres se equivoca con mucha frecuencia. Al contemplar a Jesús condenado a muerte como un vil malhechor, podemos comprobar, una vez más, que los juicios humanos se equivocan. Con demasiada frecuencia nos convertimos también nosotros en jueces de los demás. Nuestros juicios precipitados e inconsistentes también dañan a nuestra comunidad creyente. Jesús y su Evangelio nos reúnen, la fe tiende siempre a unificar a los creyentes. Pero siempre aparecen en medio de nosotros elementos de desunión, contradicciones, bandos dentro de nuestras parroquias y comunidades.

Mucho tenemos que aprender del silencio de Jesús, su callada enseñanza es hoy, ahora, para nosotros. En esta primera estación del camino de la Cruz, podemos dejar resonar dentro de nosotros aquellas sabias palabras del apóstol Pablo: No juzguen antes de tiempo; esperen que venga el Señor, el cual iluminará lo oculto en las tinieblas y descubrirá las intenciones del corazón. Entonces, recibirá cada uno su calificación de Dios (1 Cor 4, 5).

II ESTACIÓN:

Jesús carga con la cruz

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Jesús, llamando a la gente con sus discípulos, les dijo:

-Quien quiera seguirme, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y me siga. Quien se empeñe en salvar su vida, la perderá; quien la pierda por mí y por la Buena Noticia, la salvará.
(Mc 8, 34-35)

Entonces (Pilato) se lo entregó para que lo crucificaran. Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado "de la calavera", que en hebreo se dice Gólgota.

(Jn 19, 16-17)

La cruz, el antiguo instrumento de tortura, el refinado método de suplicio que produce en el reo una larga y dolorosa agonía, reposa ahora sobre los hombros de Jesús. La cruz es nuestra gloria y nuestra salvación. Terrible paradoja del cristiano, misterio profundo de nuestra fe. En el árbol de la cruz está nuestra salvación, porque Jesús lo abrazó.

Cuentan una experiencia del cardenal vietnamita Van Thuan. Este cardenal estuvo varios años recluso a causa de su fe, por el régimen totalitario que instaló en su país. En su cautiverio consiguió hacerse con una pequeña cruz que escondía dentro de una pastilla de jabón. Sus compañeros de prisión no entendían cómo podía besar la cruz, cómo podía gustarle aquel instrumento de tortura. A Van Thuan, no le gustaba la Cruz, sino la presencia de Dios en ella. Jesús quiso sufrir por nosotros hasta ese punto. "Sólo su agonía logra llenar de sentido mi tortura", diría el cardenal a sus compañeros.

La cruz del Señor, preside las celebraciones de nuestra comunidad, nos acompaña, la llevamos sobre el pecho, sobre la cama, sobre el féretro al fin. No porque nos guste el instrumento de tortura, sino porque nos recuerda siempre el Amor infinito de Dios manifestado en Jesús.

III ESTACIÓN:

Jesús cae por primera vez

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes.

(Is 53, 4-6)

La cruz pesa. El amor también. Un amor que no duele nos amor verdadero. Jesús cae bajo el peso de la cruz, cae bajo el peso del amor. “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”, nos dice el evangelista San Juan al comenzar la segunda parte de su Evangelio. “La medida del amor es amar sin medida”, nos dirá San Agustín.

El Señor nos ama hasta caer por tierra bajo el peso del amor. Su caída nos levanta, nos eleva. El comparte nuestra humilde condición hasta el límite más bajo, para que nosotros nos elevemos.

Al hacer hoy el camino de la cruz, pedimos la gracia de comprender este misterio: un Dios humillado por amor. Ojalá que nuestra comunidad, reunida hoy en el camino de cruz, aprenda de esta humildad de Cristo. Frente a la soberbia que es causa de tantos males, también en la Iglesia, miremos la humildad del Señor, caído por tierra bajo el peso del amor.

IV ESTACIÓN:

Jesús encuentra a su madre, María

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Todo el pueblo, entre gemidos anda buscando pan; ofrecían sus tesoros para comer y recobrar las fuerzas. Mira, Señor, fíjate como estoy envilecida. Ustedes, los que pasan por el camino, miren y fíjense: ¿hay dolor como mi dolor? ¡Cómo me han maltratado!

(Lam 1, 11-12)

Los evangelistas no nos cuentan los detalles de este encuentro de María con Jesús en el camino del calvario. Sabemos que ella estaba junto a la cruz de Jesús. Suponemos que en algún momento se cruzaron las miradas de Jesús y de María en el camino. La presencia de María en nuestras comunidades es muy importante. Así lo ha sido a lo largo de los siglos. En este momento de la historia no puede ser de otra manera. Ella, a la que vemos en el camino de la cruz como Madre Dolorosa, nos lleva siempre a Jesús. Ella es compañera, ella que fue peregrina en la fe nos ayuda a caminar.

Podemos pensar en las hermosas palabras que el Papa Francisco le dedica en la Exhortación Apostólica la Alegría del Evangelio. Podemos, en esta estación, aplicar a nuestra vida y a la vida de nuestras comunidades creyentes lo que el Santo Padre dice de María:

María supo transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura. Ella es la esclavita del Padre que se estremece en alabanza. Ella es la amiga atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como Madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren los dolores del parto hasta que brote la justicia. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones con su cariño materno. Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios.

Evangelii Gaudium 286

En esta estación, le podemos pedir al Señor, por intercesión de su Madre, que nuestras comunidades tengan siempre esa dimensión maternal, que nuestra fe tenga esos rasgos maternales y compasivos que la Virgen, Madre de Misericordia, nos enseña. Sintamos también en nuestra vida personal ese calor y ese amor que nos llegan de la Madre de Jesús y Madre Nuestra.

V ESTACIÓN:

El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Pasaba por allí, de vuelta del campo un tal Simón de Cirene, padre de Alejandro y Rufo, y lo forzaron a cargar con la cruz.

(Mc 15,21)

Los soldados, temiendo que el reo fuera incapaz de llegar al calvario, fuerzan a este hombre a ayudar a Jesús. Por la forma en que san Marcos se refiere a él, parece que era un personaje conocido en la primera comunidad cristiana. *Un tal Simón de Cirene*. Pasaba por allí, de vuelta de su trabajo. Aquel encuentro forzado con el Señor debió marcarle.

Pasaba por allí. Como tantos de nosotros. Los encuentros con el Nazareno son más frecuentes de lo que pensamos. Hacen falta más cireneos, hacen falta más creyentes testigos del señor, dispuestos a cargar su Cruz.

En nuestras comunidades, los grupos de caritas, los que visitan a los enfermos, los que atienden a los necesitados están también ayudando a Cristo a llevar la cruz. La dimensión caritativa y amorosa de la fe debe estar siempre sujeta a revisión. ¡Qué peligro- nos dice el Papa en su exhortación *La alegría del Evangelio*- qué peligroso y qué dañino es acostumbrarnos, perder el asombro, la cautivación y el entusiasmo por vivir el Evangelio de la fraternidad y la justicia! La Palabra de Dios enseña que en el hermano está la permanente prolongación de la Encarnación para cada uno de nosotros: “lo que hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, me lo hicieron a mí”.

Al mirar al “cierto Simón de Cirene” que ayuda a Jesús, pensemos en esa invitación que nos hace el Papa: la absoluta prioridad de la “la salida de sí hacia el hermano” como uno de los mandamientos principales que fundan toda norma moral. El Cireneo nos recuerda, como ha hecho el Papa, que así como la Iglesia es misionera por naturaleza, también brota ineludiblemente de esa naturaleza la caridad efectiva con el prójimo, la compasión que comprende, asiste y promueve (Cf. EG 179).

VI ESTACIÓN:

La Verónica enjuga el rostro de Jesús

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Oigo en mi corazón: "buscad mi rostro". Tu rostro Buscaré Señor, no me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio; no me deseches, no abandones, Dios de mi salvación.

(Sal 27, 8)

... sin figura ni belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros, deprecado, desestimado. El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores.

(Is 53, 2b-4a)

La piedad popular ha tomado de la tradición y de los evangelios apócrifos el encuentro de Jesús con esta buena mujer que, conmovida, se acerca a Él en un acto de compasión para limpiar su rostro. Su nombre, Verónica, significa "la verdadera imagen". La tradición dice que el rostro de Cristo quedó plasmado en el lienzo con el que aquella mujer limpió su rostro. En pago a su gesto de amor, el Señor le regaló su imagen.

De muchas maneras los artistas de todos los tiempos han tratado de reproducir el rostro de Cristo, las imágenes nos ayudan a la contemplación. Pero hoy, en el camino de la cruz, en el camino de la Pascua, en el camino de la vida de todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo, tenemos que ser nosotros los que les mostremos "la verdadera imagen". Nuestra comunidad debe ser y mostrar el rostro de Cristo. No sólo con el arte, la pintura o la escultura. Hemos de mostrar el rostro de Cristo con la vida de nuestra comunidad.

Todas las personas siguen teniendo ese deseo de descubrir el rostro de Cristo, hoy somos nosotros la Verónica, la que muestra su verdadero rostro. Lo hacemos desde la fraternidad y desde el servicio. Lo hacemos con nuestro testimonio de vida, con nuestro esfuerzo de amar al estilo de Jesús. En pago a nuestros gestos de amor, el Señor vuelve imprimir su rostro en el paño de nuestra vida, en el lienzo de nuestra comunidad.

VII ESTACIÓN:

Jesús cae por segunda vez

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Tengan entre ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús, el cual, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo haciéndose semejante a los hombres. Y mostrándose en figura humana se humilló, se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de Cruz.

(Flp 2,5-8)

Por segunda vez el Señor cae bajo el peso de la Cruz, bajo el peso del amor. Su segunda caída es una muestra más del abajamiento de Dios. En el camino de la cruz, el Señor nos muestra cómo ha de ser el camino de la Iglesia. Cuando pasemos de este mundo al mundo futuro seremos la Iglesia Triunfante. Ahora, mientras andamos en esta vida, somos la Iglesia Peregrina, que anda por las sendas de la historia. Tenemos que admitir que nuestra Iglesia, nuestra comunidad, es una Iglesia que anda, que tropieza y que a veces, como Cristo, se cae.

Salir a ofrecer a todos la alegría de la fe conlleva siempre un riesgo, un riesgo que tenemos que asumir si optamos por seguir a Cristo. "Prefiero –nos dice el Papa- una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. (...) Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos..." (EG 49). Contemplar a Cristo, caído por segunda vez, debe provocarnos a salir al encuentro del otro aunque en ello, como Jesús, nos dejemos la piel.

VIII ESTACIÓN:

Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Lo seguía una multitud del pueblo y de mujeres, que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:

-Mujeres de Jerusalén, no lloren por mí; lloren más bien por ustedes y por sus hijos. Porque vendrán días en que se dirá: dichosas las estériles, los vientres que no engendraron y los pechos que no amamantaron. Entonces se pondrán a decir a las montañas: "caigan sobre nosotras"; y a las colinas: "¡aplástennos!" Porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?

(Lc 23, 27-31)

El Evangelio de san Lucas es quizá el que mejor pinta la ternura de Dios en Jesús. Es Lucas el que nos ofrece este encuentro de Jesús que consuela a las mujeres de Jerusalén. Las palabras enigmáticas que les dirige nos hacen pensar.

En el momento sublime de su entrega, Jesús se para a consolar a las que lloran. En su camino hacia el Calvario, el Señor no se olvida de cumplir esa obra de misericordia, ese deber cristiano de consolar al que llora. En la Biblia, cuando Dios consuela a su pueblo lo hace quitando la causa de la tristeza. Mas el Señor nos dice en el camino de la Cruz que "todavía no", que todavía hay que llorar. Una mirada a nuestra sociedad actual sin duda nos dará muchas causas, muchas razones para llorar: injusticias, enfermedades, abusos por parte de los poderosos, pobreza materiales y pobreza de corazones... Llorar es el primer paso; llorar es necesario. Llorar es lo primero que hacemos al nacer y la muestra evidente de que estamos vivos. Llorar es hacer aflorar los sentimientos, esponjar el corazón. Llorar puede ser parecernos síntoma de impotencia o debilidad. Jesús nos muestra que llorar es más bien un signo de grandeza. El cristiano vive con una mezcla de lágrimas y sonrisas, porque nunca pierde la esperanza. El llanto es signo de humanidad, señal de que no hemos perdido la esperanza ni la sensibilidad necesaria para afrontar las causas del llanto.

"Dichosos los que lloran, porque serán consolados", nos dijo en el Monte de las Bienaventuranzas. Ahora en la subida del Monte Calvario, nos invita nuevamente a llorar; sin perder nunca de vista que es nuestro Dios un Padre Bueno, que ríe con los que ríen y llora con los que lloran.

IX ESTACIÓN:

Jesús cae por tercera vez

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Llevándose aparte a los doce les dijo:

-Miren, subimos a Jerusalén y se cumplirá en este Hombre cuanto escribieron los profetas: será entregado a los paganos: se burlarán de él, lo insultarán, lo escupirán, lo azotarán y lo matarán; y al tercer día resucitará.

Ellos no entendieron nada, el asunto les resultaba oscuro y no comprendían lo que decía.

(Lc 18,31-34)

Un paso importante en la evolución humana se dio cuando los seres humanos fuimos capaces de andar sobre las dos piernas. Andar erguidos nos permitió tener los brazos libres, libres para alcanzar objetos, libres para abrazar al amigo o golpear al enemigo. En este proceso de aprender a andar es normal caerse. Caerse es propio de los primeros años de la vida, cuando estamos aprendiendo a andar y también de los últimos años, cuando las fuerzas flaquean y los miembros se debilitan.

Jesús se cae por tercera vez en el camino del Calvario. Sus tres caídas nos recuerdan la fragilidad, la debilidad humana. Jesús se cae para levantar al ser humano, Jesús se cae para elevarnos.

Muchas veces en el evangelio Jesús conjuga el verbo levantar. Levanta a la hija del jefe de la sinagoga, que estaba muerta, al hijo de una viuda que había fallecido en el pueblo de Naín. Jesús levantó a los paralíticos que estaban postrados; podríamos decir que parte de su vida fue agacharse a levantar a otros. Ahora es Él el que se ha caído, está en el suelo para levantarnos. El odio de las personas lo elevará sobre la Cruz, pero el Amor del padre lo elevará a una Vida Nueva.

Al contemplar a Jesús, caído por tercera vez, pensamos en nuestra vida, tantas veces caída. Y ponemos nuestra esperanza en el amor del Padre que siempre nos levanta.

X ESTACIÓN:

Jesús es despojado de sus vestiduras

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Entonces tomaron su ropa y la dividieron en cuatro partes, una para cada soldado; aparte la túnica. Era una túnica sin costuras, tejida de arriba abajo, de una pieza. Así que se dijeron: -No la rasguemos, vamos a sortearla, para ver a quien le toca.

Así se cumplió lo escrito: "Se repartieron mis vestidos y se sortearon mi túnica". Es lo que hicieron los soldados.

(Jn 19, 24)

Poco a poco a Jesús lo van despojando de todo: de su dignidad, de sus derechos, de sus ropas...

La desnudez, desde el primer pecado de Adán y Eva, es escandalosa. "Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo porque estaba desnudo y me escondí", es la justificación de Adán después de comer el fruto prohibido. El Señor, el Hombre Nuevo, el Nuevo Adán, tiene que ser despojado de lo suyo, de sus vestiduras, para vestirnos a nosotros de inmortalidad.

Desnudos nacimos y desnudos nos iremos, aunque a veces se nos olvide. Por el bautismo hemos sido revestidos de Cristo, somos ya criaturas nuevas. El camino de la cruz que estamos haciendo de forma comunitaria es también camino hacia la luz pascual. Como hizo el Padre del Hijo Pródigo, el Buen Dios nos quiere poner la túnica de una vida nueva. El Señor que ahora está desnudo ante la Cruz nos vestirá un día de inmortalidad en la vida eterna. Los que hacemos hoy con Jesús el camino del Calvario, caminamos también con Él hacia la Pascua.

XI ESTACIÓN:

Jesús es clavado en la cruz

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Eran las nueve de la mañana cuando lo crucificaron. La inscripción que indicaba la causa de la condena decía: El rey de los judíos. Con él crucificaron a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. Y se cumplió la Escritura que dice: fue contado entre los malhechores.
(Mc 15, 25-28)

Durante el camino de la cruz, a Jesús le pesaba la cruz. Ahora que ha sido clavado en ella, le pesa su cuerpo. Siempre el peso del amor. Porque un amor que no pesa no es amor. Porque un amor que no duele no puede salvar.

La imagen de Jesús clavado en la Cruz preside nuestras asambleas, nuestras iglesias, toda nuestra vida de creyentes. La Imagen de Jesús puesto en la cruz es siempre un recuerdo y una provocación para vivir y morir como Él amando. El cuerpo crucificado del Señor es la mayor expresión del amor de Dios a los hombres y también debe despertar en nosotros el compromiso de amar.

Nuestro amor será, de momento limitado, pobre, quizás escaso. Jesús es clavado en la Cruz para hacernos crecer en el amor. "En cualquier caso –nos dice el Papa Francisco- todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces, eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a los otros. Nuestra imperfección no debe ser excusa; al contrario: la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo. El testimonio de fe que todo cristiano está llamado a ofrecer implica decir como san Pablo: "no es que lo tenga ya conseguido o que ya sea perfecto, sino que continúo mi carrera (...) y me lanzo a lo que está por delante" (Flp 3, 12-13) (EG 123).

XII ESTACIÓN:

Jesús muere en la cruz

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró. El velo del templo se rasgó de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo expiró, dijo:

-Realmente, este hombre era Hijo de Dios.

(Mc 15, 37-39)

Esperada aunque no deseada, la muerte siempre llega. Nos parece injusta porque queremos vivir para siempre. Y siempre viviremos pero en una vida plena.

La Iglesia, el Viernes Santo, ante la muerte del Señor, parece enmudecer. Guarda silencio. Es el silencio expectante de la humanidad entera que gime con dolores de parto. Ante la muerte del Señor, la Iglesia, en la liturgia del Viernes Santo, ora por todos los dolores de todas las personas.

Ante el enigma de la muerte, se expresaba el sacerdote español José Luis Martín Descalzo escribiendo: "Soñé, a lo largo de mi vida, muchas cosas. Ahora sé que sólo salvaré mi existencia amando; que los únicos trozos de mi alma que habrán estado verdaderamente vivos serán aquellos que invertí en querer y ayudar a alguien. ¡Y he tardado cincuenta años en descubrirlo".

Y nos dejaba, a modo de testamento estos versos:

Y entonces vio la luz. La luz que entraba
por todas las ventanas de su vida.
Vio que el dolor precipitó la huída
y entendió que la muerte ya no estaba.

Morir sólo es morir. Morir se acaba.
Morir es una hoguera fugitiva.
Es cruzar una puerta a la deriva
y encontrar lo que tanto se buscaba.

Acabar de llorar y hacer preguntas;
ver al Amor sin enigmas ni espejos;
descansar de vivir en la ternura;

tener la paz, la luz, la casa juntas
y hallar, dejando los dolores lejos,
la Noche-luz tras tanta noche oscura

XIII ESTACIÓN:

Jesús es bajado de la cruz y puesto en los brazos de su Madre

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Ya anochecía, y como era el día de la preparación, víspera del sábado, José de Arimatea, consejero respetado que esperaba el reinado de Dios, tuvo la osadía de presentarse a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Pilato se extrañó de que ya hubiera muerto. Llamó al centurión y le preguntó si ya había muerto. Informado por el centurión, le concedió el cuerpo a José. Este compró una sábana, lo bajó de la cruz, lo envolvió en la sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca. Después hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro.

(Mc 15,42-46)

Los evangelios no recogen esta escena. La devoción popular ha entendido que estando María junto a la Cruz de Jesús, era lógico que recibiera su cuerpo al ser bajado. Dos hombres que hasta ahora habían permanecido en la sombra, Nicodemo y José de Arimatea, son los que se encargan del cuerpo de Jesús. Excepto Juan, todos han desaparecido. Jesús pasa de los brazos de la Cruz a los brazos de su madre, en una escena llena de dramatismo e impotencia. A las representaciones escultóricas de esta escena se les llama "Piedad". Esta palabra, piedad, tiene muchas connotaciones. El diccionario llama piedad al sentimiento de compasión o misericordia que produce alguien que sufre o padece. Piedad es un don del Espíritu Santo. Se habla de piedad popular para referirse a los sentimientos y expresiones populares de la fe en las personas sencillas. De las potencialidades evangelizadoras de la piedad popular nos habla también el Papa en La alegría del Evangelio:

"Para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Sólo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho de su hijo enfermo que se aferran a un rosario aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado. Quien ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones sólo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (Cf. Rom 5,5) (EG 125).

De estas expresiones tenemos muchas en estos días de cuaresma y de Semana Santa, en las personas que se acercan a nuestra comunidad. Ojalá que sepamos ser acogedores con ellos y aprender de la fe de los sencillos.

XIV ESTACIÓN:

Jesús es colocado en el sepulcro

V/. Te adoramos Cristo y te bendecimos

R/. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo

Les aseguro que, si el grano de trigo caído en tierra no muere, queda solo; pero si muere da mucho fruto. El que se aferra a la vida la pierde, el que desprecia la vida en este mundo la conserva para una vida eterna.

(Jn 12,24-25)

De los brazos de la cruz, Jesús pasa a los brazos de su Madre. De los brazos de su Madre, a las entrañas de la tierra. Era necesario que el Hijo del Hombre asumiera la condición humana hasta las últimas consecuencias. Para quien no ama, la muerte es la soledad última. Para el que ama, para el que no se aferra a la vida, la muerte es el paso a la comunidad plena.

Aquí, en esta vida caduca, vivimos nuestra fe, nuestras esperanzas y tristezas, en la comunidad cristiana. Nuestras comunidades no son ideales, están formadas por nosotros que somos pecadores. Hay siempre aspectos positivos y aspectos negativos, luces y sombras.

Cristo, enterrado como el grano de trigo, nos recuerda una vez más que tenemos que dar frutos, que lo que sembramos en esta vida florece en el cielo y allí fructifica.

Acabado el ejercicio del viacrucis, dejamos a Cristo en el sepulcro, como hemos hecho tantas veces con nuestros seres queridos. Como las mujeres, como María Magdalena, como ha hecho la Iglesia a lo largo de los siglos, permanezcamos en vela junto al cuerpo del Señor Jesús, a la espera de que el Señor, que es fiel, cumpla sus promesas. A la espera de pasar de esta Iglesia Peregrina a la Iglesia Triunfante.

Oración final

Señor Jesús, que nos has citado en el camino de la cruz:

hemos querido, recorrer contigo los últimos pasos de tu vida; hemos contemplado tu amor, tu entrega, tu abandono...

Nosotros, tu Iglesia, reunida en tu nombre y por ti convocada, queremos sentir tu presencia, tu compañía y tu aliento en todos nuestros caminos.

En nuestros caminos de cruz y de esperanza. Queremos sentir tu aliento cuando, llenos de ilusión, llevamos tu Evangelio a todas las personas. Cuando nos cansamos y no somos capaces de descubrir las huellas de tu caminar.

Cuando nos reunimos en tu nombre, para hacer memorial de tu entrega; para celebrar el Misterio de tu amor, para anunciar tu mensaje o para cumplir tu mandato de amar de como tú nos enseñaste. Déjanos sentir tu compañía.

Te hemos acompañado en este camino de la cruz, Señor. Lo hemos hecho cargados con nuestras cosas; con nuestro amor y nuestro egoísmo; con nuestra esperanza y nuestras dudas; nos han acompañado también nuestras dudas y perplejidades; nuestras incoherencias también. La falta de testimonio de nuestras comunidades, nuestros pequeños y grandes egoísmos.

Déjanos recordar con frecuencia, que hoy te hemos visto condenado, cargando con tu cruz, tres veces caído y tres veces levantado. Haznos vivir también a nosotros tus encuentros: como te encontraste con tu Madre, con las mujeres de Jerusalén; con la Verónica o con Simón de Cirene; sal también a nuestro encuentro en los caminos de la vida.

Déjanos verte clavado a tu cruz, cuando nosotros vivamos las nuestras; y oír cómo entregas el espíritu a tu Padre, a nuestro Padre. Que el verte morir por nuestro amor nos mueva a amarte siempre. Y juntos decirte:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.



CUARESMA | PASCUA 2017

VIACRUCIS

AUTOR: Marcos Arencibia, pbro.

